

Rebecca West

La prima Rosamund



Mientras los años veinte dan paso a la Gran Depresión, Mary y Rose se han convertido en dos pianistas famosas. Viajan por América de gira y son recibidas como estrellas en fiestas de élite con invitados ricos, encantadores y privilegiados. Pero las hermanas son incapaces de cerrar la brecha entre el presente y el pasado y tejer nuevas relaciones; además del dolor por la pérdida de su madre y su hermano, también sufrirán por la ausencia de la única persona que daba algún valor a sus vidas: la encantadora prima Rosamund, que inexplicablemente se casó con un hombre codicioso y vulgar y abandonó todo para irse al extranjero con él.

En este agotador camino de maduración emocional y artística, las dos mujeres se aferrarán la una a la otra. Afortunadamente todavía hay una sorpresa esperando a Rose: el más delicioso de los descubrimientos, el amor, con todo el poder de una sensualidad aún por explorar.

Índice de contenido

Cubierta

Título

I

II

III

IV

V

VI

VII

VIII

IX

Sobre la autora

Notas

I

Nada volvió a ser igual de fascinante tras la muerte de mamá y Richard Quin. No puedo pensar en dos personas más felices y entretenidas que Mary y yo tras la boda de Cordelia, cuando nos quedamos solas con nuestra madre, nuestro hermano y Kate, pero aunque perder aquel calor, aquel asombro y aquella alegría fue una tragedia peor que el hambre y la sed, también nos libró de los elementos más crueles del dolor. No nos preguntábamos adónde habían ido nuestros muertos ni pensábamos en que su destino podría haber sido otro que la podredumbre, no aborrecíamos aquella terrible pérdida. Nuestros muertos eran como las constelaciones; tal vez no pudiéramos tocarlos, pero no por eso dudábamos de su existencia. Sabíamos que estaban maravillosamente unidos y, aunque habríamos preferido un final más digno, sabíamos que su destino era para ellos algo tan propio como la música para nosotras. Aun así, tuvimos que dejar Lovegrove. Aquella casa nuestra podría habernos inclinado al pensamiento mágico; podríamos haber acabado recreando el pasado e instalándonos en él.

Así fue como cedimos Alexandra Lodge a un compositor y a su esposa violinista –que se alegraron mucho de los cuartos para ensayar–, y el señor Morpurgo nos encontró una casa en el bosque de St. John. Rosamund seguía trabajando en un hospital de Paddington; tenía que estar permanentemente cerca de Hariey Street y de los asilos, por lo que había alquilado un piso con su madre cerca de Baker Street. También nosotras elegimos ese distrito, porque de todo el norte de Londres era el más parecido al sur. En él, la naturaleza estaba igualmente reprimi-

da por la mampostería y, por la noche, las sombras de las ramas se extendían como un patrón imperturbable sobre las aceras tranquilas, las farolas brillaban con suave y amarilla sumisión bajo el peso de la noche en calma y las casas parecían fortalezas resistentes con sus ventanas iluminadas. Nos gustó la enorme iglesia tradicional que hay en la arboleda de la esquina opuesta a Lord's, con su estatua de una chica arrodillada entre los árboles, la larga cabellera sobre los hombros humildes y el rostro alzado con intención de rezar. Si volvíamos juntas de noche a casa, muchas veces le decíamos al conductor que nos dejara justo allí, la contemplábamos a través de la reja y hacíamos a pie el resto del camino.

La casa que nos había encontrado el señor Morpurgo era la unión de dos casas de la misma época que la de Lovgrove y tenía dos cocheras a cada uno de los lados. En ambas había hecho una ampliación para convertirlas en salas de ensayo. La casa era tan grande que Kate pasó a ser la cocinera y contratamos a otro sirviente y una sirvienta más para que estuvieran a sus órdenes. Kate casi siempre llevaba un vestido de seda negro con un gran camafeo en la garganta que la hacía parecer el ama de llaves de una novela de las Brontë. Aquello le encantó al señor Morpurgo, que aprobó nuestra costumbre de usar vestido imperio por las noches y llenó nuestras habitaciones de exquisitos muebles, cortinas y tapicerías del mismo estilo. Al llevar vestidos de concierto y vivir en aquella casa que parecía una escenografía, corríamos el peligro de dejar de ser personas y transformarnos en objetos, pero lo cierto es que no teníamos elección en cuanto a la ropa. En la época en que nos convertimos en adultas la ropa era muy bonita, aunque casi siempre demasiado voluminosa, y tenía una cualidad que hacía que todas las mujeres parecieran elegantes. Las mangas eran entonces muy sofisticadas y las hacían costureras que no tocaban ninguna otra parte del vestido. Se cortaban en varias tiras largas para que tuvie-

ran una proporción favorable dependiendo de cada brazo. Pero, a medida que fuimos creciendo, hacia el final de los años veinte, irrumpió la estrella de Chanel e impuso a las mujeres el uniforme más horrible que se haya usado jamás. Las más solemnes tenían que ir de día con faldas rectas hasta las rodillas, cinturones anchos alrededor de la cadera y las cabezas sumergidas en sombreros con forma de maceta que cubrían la frente, y por la noche con vestidos más cortos y aún más ridículos. Se cortaban con cuellos cuadrados y tirantes lisos, por lo que, al sentarse a cenar, parecía que iban en bañador, y casi siempre estaban bordados por todas partes con cuentas pesadas, para que el dobladillo formara un volante sobre las pantorrillas. Es cierto que también había una alternativa para los vestidos de noche en la moda que Lanvin había diseñado para Yvonne Printemps, y aunque eran vestidos del siglo XVIII, su aceptación nos dio carta blanca para usar nuestros vestidos imperio. Eran realmente bonitos. Las viejas fotografías demuestran que hacían brillar en todo su esplendor la belleza de cisne de Mary, y en cuanto a mí, aunque no puedo mirar las fotos más tiempo de lo que consigo mirar mi propia imagen en el espejo, me parece que con aquellos vestidos hasta yo era un espectáculo interesante. Pero ser aquello, y sólo aquello, muchas veces nos parecía a Mary y a mí una tragedia que nos amenazaba de continuo, por mucho que al final hubiera siempre alguna fuerza que nos rescatara.

Recuerdo muy bien cierto día de otoño que podría ilustrar nuestra difícil situación. Había ido a París para dar un concierto de lo más interesante en la sala Gaveau y había aprovechado la oportunidad para tocar algunos solos de compositores rusos, aunque el principal objetivo de la velada era la premier de un concierto de Louis Besricke, que seguía componiendo en la tradición de Debussy y Fauré, aunque con mayores complejidades técnicas. Lo pagó todo un millonario judío e hicimos más ensayos de

los habituales, todos los que quiso el compositor. El primer día dio la sensación de que la interpretación que yo había preparado en Londres no era la correcta, y el barbucho compositor me hizo parar y me dijo sonriendo:

—*Mais, mademoiselle, vous êtes trop mâle pour mon frêle œuvre.*

La orquesta me miró con ese gesto mezcla de ternura y diversión con que los hombres suelen mirar a una mujer cuando están en grupo, aunque rara vez lo hagan en soledad frente a una sola y jamás en grupo frente a otro grupo de mujeres. Pero después de aquello todo se convirtió en una aventura alegre y sentimental, los ensayos no duraban más de diez minutos. Y no sólo los ensayos, todos aquellos días fueron maravillosos. Solía salir temprano del hotel antes de que nadie me pudiera llamar por teléfono y caminar por la rue de Rivoli con las primeras hojas moteadas de castaño que caían de los jardines de las Tullerías, seguía luego por la avenida Gabriel, pasaba el Jockey Club y su seto de tamarindos y miraba siempre entre los árboles el teatro Marigny deseando haber sido actriz en vez de pianista sólo para poder actuar en él. Al final subía por los Campos Elíseos hacia un Arco del Triunfo aún noble e intacto, sin una tienda alrededor. Todavía estaba en pie aquella casa de campo que quedaba a la derecha, donde había unos grandes perros que siempre se agitaban suavemente tras los altos muros del jardín; tenía el aire de uno de esos lugares donde la gente sufre durante mucho tiempo las consecuencias de una acción violenta. Iba a mis prácticas y mis ensayos inspirada por toda aquella excelencia que me rodeaba y, cuando acababa de tocar, la ciudad volvía a refrescarme de nuevo, aunque no tanto como en mis mañanas solitarias, pues mis contemporáneos franceses me asustaban. Tras la Primera Guerra Mundial, en París se había puesto de moda la excentricidad, y una asombrosa cantidad de la inteligencia y el espíritu francés, incluso parte de su espíritu clásico, se había entregado a

instaurarla como forma de vida. Los hombres amaban a los hombres y las mujeres a las mujeres, no porque hubiera una verdadera confusión entre sus cuerpos, como a menudo nos sucedía a Mary y a mí con las personas con las que trabajábamos, sino porque una relación homosexual, al no haber niños, sólo puede ser un disparate^[1]. Y como donde no puede haber matrimonio no hay razón para no elegir la pareja más perversamente inapropiada, a menudo nos encontrábamos con franceses inteligentes que se llevaban a jóvenes y despistados camareros o carteros o marineros a los que halagaban y mimaban, pero que nunca terminaban de aclimatarse. Sin embargo, mucho más aterrador resultaba que la gente de talento se inyectara aquella estupidez de las drogas. Mary y yo, al igual que la mayoría de los artistas, sabíamos que la bebida y las drogas eran nuestros enemigos naturales. Resultaba odioso que muchas de aquellas personas, las más despiadadas con sus amantes —esos jóvenes a los que se llevaban para ofrecerles lujo y soledad y en los que acababan generando un tedio hasta por sus propios hábitos más naturales—, aquellas personas que fumaban opio o tomaban morfina o cocaína, aquellas pesadillas andantes llenas de malicia y miedo, a menudo se convertían en católicos romanos y no hacían ningún esfuerzo para purificarse, aunque ese esfuerzo tampoco les habría costado mucho. Nosotras habíamos conocido desde la infancia la naturaleza de la oscuridad, habíamos visto a papá atrapado por la ruina y sabíamos que toda aquella gente podría haber dejado de hacer lo que hacía en cualquier momento si lo hubiesen deseado. Aquellas personas pensaban que nos reprimíamos con ellos porque sabíamos menos, cuando en realidad sabíamos más, pero eran amables y les gustaba oírnos tocar, por lo que nos invitaban a sus fiestas, que siempre eran maravillosas. Vivían en enormes habitaciones blancas y vacías, a menudo con grandes ventanas que se abrían al cielo nocturno y a las luces de la ciudad. Fui a

dos de aquellas fiestas en ese viaje; aunque me gustó más la visita a la villa junto al parque Monceau donde vivían los padres del compositor de mi concierto.

Monsieur y madame Besricke eran como miles de personas en París: indeseables en apariencia. Eran inmensamente guapos, pero sus pretensiones los deformaban. El anciano, que había heredado una moderada fortuna textil y había sido un poeta y crítico de cierto renombre, llevaba una boina a lo Rembrandt y afeaba sus rasgos clásicos con una expresión destinada a aparentar ser sabio, ingenioso, escéptico, tolerante, amable y sensual, mientras que su delgada esposa se teñía el pelo color caoba e iba envuelta en pañuelos, arrullando a veces y otras como aturullándose con las palabras para demostrar que poseía toda una inmensa gama de emociones. Era como si Anatole France y Sarah Bernhardt hubiesen seguido viviendo tras la muerte de su esencia, envejeciendo y cubriéndose de polvo repitiendo los mismos trucos. Pero paralela a esa rancia afectación había también una brillante alegría y honestidad. Eran capaces de apreciar con justicia lo hermoso de la música y el carácter de su hijo, y también lo que había sido hermoso en sus otros dos hijos que habían muerto en la guerra. Eran capaces de apreciar lo que era hermoso de mi trabajo, y si acudía a verlos con un vestido nuevo me hacían detenerme bajo la luz y me decían si me sentaba bien. Me dieron acceso a sus recuerdos y a través de ellos supe lo que había sido escuchar las conferencias de Ernest Renan en el Collège de France o apresurarse para llegar a ellas como si se fuera a un teatro, y acudí asimismo a muchas fiestas que se celebraron mucho antes de que yo naciera. Allí se exclamaban constantemente los nombres de las ciudades de Francia que tenía que visitar, y las horas que pasaba con ellos se parecían a esas tardes en casa en las que nos sentábamos alrededor del fuego y comíamos castañas asadas después de lavarnos el pelo. Era agradable y acogedor estar en aquellas habitaciones

abarrotadas de los cachivaches que recogían las celebridades francesas del siglo XIX, aquel mejunje de terciopelos genoveses, astillas de catedrales góticas, alfombras persas, bronce renacentistas, esmaltes de Limoges, pieles de bestias salvajes, platería del norte de África y esculturas griegas de mármol. Aunque la mayoría de los objetos perdían su esencia y significado en aquel batiburrillo, los bronce del Renacimiento y las esculturas griegas de mármol seguían permaneciendo intactas. A los ancianos les encantaba que me gustaran, pero no sabían que para mí tenían un significado irónico. Aquellas esculturas de bronce y mármol se habían creado a semejanza de los dioses y diosas, los antiguos les habían otorgado la existencia bajo la condición de que entendieran las acciones de los hombres y disfrutaran de ellas, pero aquellas imágenes de tolerancia ya sólo adornaban los hogares de los ancianos inocentes; en las blancas habitaciones de los contemporáneos en las que se realizaban las transacciones más extrañas, los únicos adornos permitidos eran objetos neutros, cactus y caracolas.

El concierto fue un éxito. Conseguí no ser demasiado *mâle* para mi compositor, y a la mañana siguiente se acordó que tocaría el concierto durante el año siguiente en Londres, Berlín, Viena, Nueva York y Boston. El compositor no había estado seguro hasta la actuación; lo reconoció con una sonrisa que hasta entonces no había entendido qué significaba. El director de orquesta y yo se la devolvimos y luego intercambiamos una sonrisa secreta entre nosotros porque lo cierto es que a ninguno de los dos nos había gustado demasiado el concierto hasta el momento en que escuchamos la música que habíamos interpretado y la verdad se manifestó en la sala, tanto para nosotros como para el público. Después tuvimos un almuerzo encantador en Voisin's en el que probamos toda clase de cosas deliciosas, como un foie-gras que jamás me habría atrevido a tomar antes del concierto, y a continuación les llevé

un montón de crisantemos a monsieur y madame Besricke, y bebimos brandy de cereza en pequeños vasos de colores y ellos me dijeron que no iba a tardar en volver. Después de aquello le llevé todas las flores que me habían dado en el concierto a un viejo pianista que se estaba muriendo en una casa de Passy, regresé al hotel y me puse un vestido de noche para ir directamente desde Croydon a una sala en la que Mary iba a tocar el concierto del *Emperador*, y luego me llevaron a toda prisa al aeropuerto, porque era tarde, y me regalaron más flores y se despidieron de mí. A medida que el avión empezó a ascender y la tierra a girar a mi alrededor como una falda ondulante, me invadió una tremenda sed de ver y escuchar a mi madre y a mi hermano, y todo lo que había vivido en París perdió completamente su valor. Se me metió en la cabeza la única frase apreciable de un concertante compuesto por un inútil compositor alemán y estuve repitiéndola una y otra vez hasta que cruzamos un canal de la Mancha completamente inmerso en ese azul suave y somnoliento que tiene el desgaste otoñal en el mar, y me atravesó el pecho la sensación de que viajaba por un túnel poco memorable de aire entre la tierra en la que yacía el cuerpo de mi madre y el espacio exterior donde sentía que continuaba. No obstante, no conseguía sentir la presencia de mi hermano en ningún lugar, ni en ese momento ni cuando el autobús recogió la carga de nuestro avión y la llevó desde Croydon a través de un sur de Londres en el que ya anochecía, y creo que hasta habría bajado para ver si podía ayudar a Kate con la cena si nuestras vidas no hubieran corrido peligro.

El concierto en el Queen's Hall no fue muy bueno, salvo por la actuación de Mary. El director era malo, alguien de quien siempre se decía que era inglés y que se mencionaba al decir que Inglaterra estaba en pleno renacimiento musical, pero lo cierto es que aburrió a toda la orquesta. Aun así, Mary estuvo magnífica. No era lo bastante

fuerte como para tocar el *Emperador* –ninguna mujer, con excepción de Teresa Carreño, lo era–, pero ella sustituía la fuerza con una justicia absoluta. Tenía la intemporalidad de las grandes intérpretes, tocaba cada nota pensando intensamente en el resto de las notas que tanto ella como la orquesta tenían que interpretar. Cuando tocaba lo hacía con un profundo respeto por lo que se había escuchado antes y por lo que se iba a escuchar después, aunque la conexión lógica fuera difícil de establecer con palabras. Tanto ella como yo tuvimos en más de una ocasión una intuición mística de cómo habría sonado una composición musical si se pudiera anular el tiempo y las notas no se oyeran ni en sucesión ni simultáneamente; pero aquella experiencia –bastante incomunicable– era difícil de recordar cuando más se necesitaba, porque la propia conciencia lo dificultaba. Aun así, a ella se le daba mejor recordarlo. Tenía también, y de manera extrema, esa clase de precisión, de esclavitud al texto, que supone al final la libertad más sublime. Allí donde Beethoven había puesto dos notas mal escritas, ella las tocaba. Era tan libre como él en su elección de escribir mal esas notas, y en lugar de saltarse el *staccato* no caía en la trampa de alterarlas por otra cosa que le agradara más al oído. Su fidelidad al compositor y el gusto que se percibía en su técnica la convirtieron en un caso único en nuestra generación. En el tinglado cambiante y convulso de este mundo tan lleno de corrientes de aire, ella era la vela que no se apagaba.

Tocó mejor que yo en París, y sin la ayuda inesperada de un compositor que le dijera: «*Mais, mademoiselle, vous êtes trop mâle pour mon frêle œuvre*». Hizo sonreír a la orquesta. Su única fuente de energía era su propio genio musical. No se animaba con las relaciones que su arte implicaba, y hasta le molestaba el hecho de que algunos de sus espectadores se deleitaran con su belleza. Sentía que estaba obligada a aparecer físicamente en público para poder tocar, pero no le parecía que la gente tuviera dere-

cho a aprovecharse de esa necesidad para emitir un juicio no requerido sobre ella. No le importaba que la sentencia fuera favorable, lo sentía como una violación de su privacidad. Sabía, sí, que sus admiradores no pretendían molestarla, por lo que era educada y hasta encantadora con ellos si la esperaban para saludarla tras los conciertos. Cuando llegué al camerino de artistas me la encontré ya pálida de agotamiento. Había mucha gente allí, y cuando conseguí deshacerme de ellos diciéndoles que teníamos que ir a una fiesta y que nos habían pedido que no llegáramos tarde, me encontré con que en la calle había también otras personas con álbumes de autógrafos, dos o tres de ellos particularmente habladores. Si se hubiese tratado de mí los habría manejado sin darles mucha importancia, pensando vagamente en ellos y en otra cosa a la vez, pero a Mary le desagradaban tanto ese tipo de cosas y tenía tanto miedo de que se notara que les entregaba toda su energía.

En el coche, la abracé por la cintura y le dije:

—Anímate. Has tocado magníficamente, y la única parte del concierto que importa es la que pasa dentro de la sala.

—Tampoco me ha gustado dentro. Odio cuando la gente aplaude.

Me molestó la pasión en su tono de voz.

—Bueno, creo que las dos nos sentiríamos muy mal si diéramos un concierto y la gente no aplaudiera —dije.

—Ya lo sé —respondió Mary—, pero preferiría que no hubiera nadie.

—No seas idiota —repuse—. Piensa en toda esa pobre gente que ahorra para dar conciertos en las salas Wigmore y Steinway y consigue eso que anhelas tú y en lo poco que les gusta. —Y, como ella no dijo nada, le repetí a la oscuridad del coche—: No seas idiota.

Como siguió sin responder, de pronto me afligió la sospecha de que fuera realmente infeliz, y le pregunté:

—¿No te apetece ir a la fiesta? No me importa ir directamente a casa.

—No, ya casi hemos llegado, veamos qué tal —respondió—, aunque supongo que será como cualquier fiesta.

Y así fue. Era una gran casa en Prince's Gate repleta de luz, flores y gente guapa y privilegiada ataviada con joyas y vestidos hermosos. Se nos dio la bienvenida con esa amabilidad cálida pero condicionada con la que se trata a quienes se ha invitado por su condición de celebridades, a pesar de haber nacido fuera del clan. Por lo general nos sentíamos seguras, pero habíamos aprendido ya —gracias a los millonarios a los que nos había presentado el señor Morpurgo— lo mucho que a algunas de esas mujeres les molestaba que ingresaran en su mundo otras mujeres que, además de hacer todo lo que hacían ellas, hacían también otras cosas por las que, encima, eran elogiadas. Su amargura resultaba tanto más extraña porque se trataba de algo que Mary y yo podríamos haber sentido justificadamente también, ya que su infancia había estado repleta de lujos y comodidades, mientras que la nuestra había sido pobre y llena de peligros. Pero, cuando todo iba bien, resultaba agradable. Aquellas fiestas estaban impregnadas de una luz suave y dorada, idéntica a la del champán que bebíamos, o que más bien transportábamos en nuestras copas, porque —aunque fuera bonito— nunca nos pareció que tuviera un sabor muy agradable. Había joyas maravillosas, algo que nos gustaba, porque mamá nos había enseñado a apreciarlas desde nuestra más tierna infancia. Con su vista afilada de águila, siempre había sido capaz de encontrar las mejores piedras preciosas en las joyerías de Lovegrove, y nosotras habíamos aplastado las narices contra los sucios escaparates sólo por ver una esmeralda, un rubí, un diamante y sentir su fuego real. Como era una fiesta muy grande, los hombres llevaban sus órdenes, esos magníficos inventos parecidos a las marcas que deja la gloria cuando posa su mano. Había ramos y